

# Prólogo

## Por Julio Sánchez Cristo

Tres voces de la radio me han impresionado en Colombia: Otto Greiffestein, Julio Nieto Bernal y Armando Plata Camacho.

Cuando estaba en el colegio en los años 70 y pasaba mis tardes de radio, soñaba cuando grande ser como ellos. Otto con una clase sin igual, Julio bien informado y Armando un gran creativo. A los dos primeros los tenía descartados, estaban muy lejos para mí, pero a Plata Camacho lo veía mas cerca, tal vez por su juventud, pero sobre todo por cada cosa que se inventaba al aire, que rayaba en la propia irresponsabilidad, y eso me seducía. Trataba de hablar como él, de peinarme a su estilo y de copiar sus pintas.

Mi padre y su combo, leyendas de la radio y la televisión, observaban el potencial de este muchachito apasionado del cine, trajinador de la publicidad, locutor de la radio y promesa de la televisión. Eran otros tiempos donde el rating era solamente el talento y en el caso de este personaje había mucho, además de una voz pausada, potente y muy, pero muy comercial.

Armando no se podía quedar quieto. Yo lo acompañaba a todo. Arrancábamos en la calle 22; primero en el edificio Distral, en la carrera sexta, y luego en el edificio del Señor Manrique en la carrera tercera; caminábamos muy rápido y nuestro patrullaje incluía obligatoriamente empanadas de la ventana de los chinos o de la cafetería de almacenes Ley. Casi todos los días íbamos a las oficinas de Películas Mexicanas, o a las del Sr. Jaime Joseph en la Metro Goldwing Mayer, a recoger fotos, brochures y con suerte discos de las bandas sonoras.

Me llevaba a alguna agencia de publicidad, incluyendo a Atlas, su favorita, o a algún estudio de grabación, Ingesón o Suramericana, su favorito. Yo era muy feliz, me sentía ya grande y de la farándula. Siempre había algo para grabar donde “El turco” Enrique Paris, en la 19; por lo general promociones impecables, con unas fanfarrias irrepetibles que Don Enrique cuidaba celosamente. Ese estudio de Caracol Radio tenía un par de grabadoras Ampex de una calidad única. Íbamos mucho a cine: Al Mogador, al Cid, al Lux, al Lido, pero cuando íbamos al Olimpia a ver los trailers de las películas en las voces de John Gres y Carlos Montalbán, la emoción era total. ¡Qué sonido el de ese teatro!.

Armando pasó por muchas emisoras, grabó todos los comerciales que pudo, estuvo en varias programadoras de televisión, pero la parte que a mí me tocó fue la más emocionante: Romper la radio musical. Se inventó de todo. Eran los años del Unicorn en la Noche con la música del Unicorn Club International, el sitio más bello que ha tenido Bogotá. De Emisoras Monserrate, este programa pasó a Emisoras El Dorado, a la misma hora, 9 en punto, como El Dorado en la Noche; y es entonces, cuando este hombre logra combinar la música mas soyada, tranquila o vanguardista, con textos mágicos

improvisados que sencillamente le hablaban a la noche. Fueron sus mejores años de ensayista pero también de locura. Acababa de llegar una colección de discos de efectos especiales que servían para enlazar las canciones en un mix invisible del operador Gustavo Montes, y era cuando una canción de Emerson Lake and Palmer se fundía con una de Led Zeppelin, en medio del sonido del estrellón de un carro, la risa de un bebé o un aguacero. Ya después Armando no tenía problema en hacer el programa con una vaca, en directo desde una panadería, o desde el baño.

En el medio le decían “El Chupo” por su juventud pero también por que le sacaba la piedra a los adultos, por irreverente y por arriesgado. Se metía en una cabina a romper el récord de locución atentando contra la salud suya y de todos nosotros. Armaba un Woodstock en Melgar, en un potrero lleno de culebras. Recuerdo que le serví de taquillero en un pick up chevrolet rojo; nunca vi tanto dinero junto en efectivo.

Como Armando cuenta en este libro, un día decidió cumplir el sueño americano con un amigo y para ello se inventó atravesar Estados Unidos en bicicleta, sin conocer ese país, sin un dólar, sin hablar inglés y sin tener bicicleta. También se le ocurrió transmitir el recorrido de un nadador por todo el río Magdalena. Todas estas aventuras las narra casi de memoria, con nombres que solo él recuerda como si los hubiera anotado desde hace más de 40 años para escribir su libro, en medio de todos estos viajes y de una explosión permanente de ideas.

Debo destacar en Armando de lo que fui testigo: Su amor por el talento nacional. Gracias a él, a su cambio generacional para los medios y especialmente para la radio, los artistas nacionales eran ídolos. La manera como los promovía en cualquier emisora o en un concierto los mantenía vigentes. Sé que su pasión y gustos personales atravesaban las fronteras pero siempre estuvo al lado de Génesis, de Los Speakers, de Lukas, de Angelita, de los Flippers, y de los principales solistas nacionales. Y eso, es triste verlo hoy, si analizamos otros países donde sus figuras de hace 40 años, así no peguen éxitos, siguen vivas, respetadas e invitadas a todo: Rafael o Rocío Durcal en España, Lucho Gatica en Chile, Sandro en Argentina, Mina en Italia, Roberto Carlos en Brasil, los ejemplos son muchos. En Colombia no existen ya Claudia, Mario Gareña, Christopher, Oscar Golden, Harold, en fin, los que hicieron la historia. Si quieren cantar, lo tienen que hacer para nostálgicos colombianos en el exterior porque en su país no les paran bolas.

Esta es una interesante recopilación de datos de la industria, enmarcados en la experiencia personal de un soñador, que unas veces con éxito y otras no tanto, le apostó a la vida. Hay datos novedosos que desconocía de su vida personal y que le dan aún mas valor a su carrera, como el hecho de haberlo tenido todo, perderlo y arrancar de cero; y su permanente gratitud familiar y a quienes le abrieron una puerta; en buena parte de eso esta hecha la vida, de un manotón de amigos, y eso ha dejado Armando por el camino. Tiene hasta una primicia periodística, y es que en una de sus páginas cuenta que un periodista le anticipó 24 horas, la bomba del DAS que cobró tantas vidas.

Pero el resumen, muy personal, es que una anécdota que estaba más en mi memoria como ficción, después de leer estas gratas hojas, concluyo que fue cierta: En 1971, en la

cafetería del teatro donde entregaban el premio Oscar, en Los Ángeles, California, se encuentran en la fila Steve McQueen y Jack Nicholson con Armando Plata, quien estaba cubriendo el certamen para Colombia. Los tres esperaban reclamar algo de comer. Los actores leen la escarapela de nuestro locutor, le hacen conversación en medio español y le preguntan por nuestro país. “El chupo” cuenta el motivo de su visita y les expresa a estas dos glorias del cine su molestia con sus colegas “que él había traído desde Colombia para que le ayudaran en la transmisión”. Señala a dos personas que están a lo lejos y les dice a sus contertulios que esos dos viejitos lo tienen desesperado, ya que ni hablan Inglés, ni saben manejar, ni conocen Los Ángeles, y que a él le está quedando el trabajo muy pesado. Los dos colombianos eran: Enrique París y Julio E Sánchez Vanegas, quienes en realidad eran los que estaban desesperados con Armando quien se había ofrecido al viaje precisamente por conocer Los Ángeles, hablar Inglés y manejar perfectamente, tres condiciones que no cumplía.

Aventuras de reportero por el mundo, el primer intento de conquistar Estados Unidos, sus locas empresas, su vida en los medios y las continuas ganas de ser alguien están aquí explicadas de manera sencilla. Tengo entendido que su vida reciente y exitosa en Estados Unidos hará parte de otra recopilación donde también Armando ha cumplido su deseo de Ser Alguien.

Julio Sánchez Cristo  
Hotel Cape Grace  
Ciudad del cabo, Sur de África, 2006.